

LOS MUSICOS CHILENOS Y LA OBRA DE P. H. ALLENDE

En el arte no se puede mentir, ya que en él va expresado no sólo el aspecto más elevado de un autor,—su inteligencia, sus conocimientos,—sino también su sensibilidad y su subconsciente, que aparece a pesar de toda vigilancia.

En Humberto Allende, su vida serena, austera, sin concesiones, plena de afectividad familiar, de sentido humano y en una constante actitud de superación intelectual y moral, constituye el noble fondo que se advierte en toda su obra.

A otros les cabe analizar el contenido de sus composiciones; lo que, por otra parte, ya ha sido tan admirablemente realizado en Francia por el notable compositor Florent Schmitt; el entusiasta juicio de Debussy mismo; por Felipe Pedrell, Salazar y otros en España, además del unánime aplauso de América entera.

Sólo deseo subrayar que esa vida armónica, libre de toda sobreestimación, más preocupada de los demás que de sí mismo, lo llevó a buscar la fuente de su inspiración en el arte de nuestro pueblo, del cual supo extraer la esencia, con un refinado criterio, realizando sin embargo, un arte propio en que su fina personalidad se muestra con una calidad magnífica, que lo coloca a la altura de los mejores autores de hoy.

Así como Neruda es el poeta del pueblo de Chile, Humberto Allende es su músico. Fué él, el primero que llevó a la orquesta los alegres cantos de las «trillas», de las «ramadas» y los pregones de la ciudad con toda su noble y desolada tristeza.

ALFONSO LENG.

* * *

Si bien Eugenio Pereira, el más ilustre de los investigadores acerca del pasado musical de Chile, ha encontrado el árbol nobiliario y las raíces de nuestro antecedente sonoro, no pudo, pese a sus vivos deseos, hallarnos una tradición en el campo de la creación musical. Tenemos que resignarnos y reconocer que antes de este siglo, no hay verdaderamente compositores en Chile, si por tales hemos de señalar artistas técnicamente capacitados y músicos que salgan ya enteramente fuera del terreno de los aficionados, que componen por reflejo de la moda social de su tiempo.

El siglo XX ve el nacimiento y el vertiginoso progreso que se opera en la música de Chile. De una pequeña y alejada provincia,

NOTA. — Hemos querido recoger en su mayoría la opinión de los músicos, —compositores e investigadores,—chilenos sobre la obra de P. H. Allende. Algunas contestaciones, que solicitamos, no pudieron llegar con tiempo suficiente para incluirlas en la edición de este número, a pesar de que postergamos en varios días la fecha de su envío a la imprenta. Pero el lector podrá encontrar sin duda en las opiniones que aquí figuran, de destacadas personalidades de nuestra música, que abarcan las mas dispares tendencias, una expresión bastante completa de la influencia del arte de Allende sobre la música contemporánea y una estimativa amplia del significado de su obra.

llena de cosas familiares y al margen de lo que en Europa constituyó el arte de avanzada, sale nuestro país para conectarse de pronto y vivir el destino del mundo contemporáneo, con todas sus inquietudes, sus luchas y su cambiante estética.

Al trazar los caracteres esenciales de esta evolución, el nombre de Humberto Allende toma el relieve de algo fundamental. A su tesonera fe, a su laborioso espíritu escudriñador, a su visión artística clara, se deben fisonomías especiales de nuestra creación musical hasta el punto de teñir con cierto color armónico a toda la música posterior, aún la de aquellos compositores que más lejos parecen estar de Allende.

Humberto Allende, hace veinte años, era tenido por un iconoclasta. Un distinguido profesor de nuestro Conservatorio, me encontró cierto día en una casa de venta de música; estaba disgustadísimo con las «Tonadas» de Allende, recién publicadas. «Quiere saber Ud., me dijo, lo que es esta música absurda?» Tomó la Tonada y volviéndola cabeza abajo la tocaba con saña. «Esto, agregó, suena lo mismo de cualquier modo»... ¡Hoy nos parece tan lógica su tonada, tan imposible que alguien pensara en volverla al revés! «Dissonance d'aujourd'hui, consonance de demain», dijo Claude Debussy, el gran músico que escribió palabras alentadoras al maestro chileno.

Hoy, cuando vemos a Humberto Allende rodeado de la consideración general, nos olvidamos de todo lo que luchó y de la oposición violenta que se hizo a su música. De muchacho yo no oía sino que Allende era un «químico», un inventor de acordes descabellados y, sobre todo, era artículo de fe que Humberto Allende carecía de «melodía». Estos juicios que parecen de un siglo atrás, los oíamos a cada paso en 1918.

Enjuiciar la obra y la acción de Humberto Allende mientras él está en plena actividad, es algo que sólo podemos hacer muy imperfectamente y faltándonos la necesaria perspectiva, imposible entre hombres que nos conocemos y nos vemos a cada instante. Sin embargo, lo variado de su creación y el cuidado que en ella ha puesto el músico, nos dan ya la seguridad de estar en presencia de un maestro definitivamente situado como piedra angular de la creación contemporánea chilena. Habría que reprocharle el que no haya compuesto tanto como desearíamos y un cierto laconismo que casi cae en lo esquemático. Pero Allende no vive de otro modo: no habla mucho, ni es aficionado a largas explicaciones. Su vida metódica, su manera de ser dogmática le producen un cierto horror a lo lírico y a la efusión descontrolada; reserva característica tan propia, más propia aún que la misma tonada, de la esencia psicológica chilena. Sin embargo, ¡cuánta ternura y fineza hay a cada paso en las obras de Allende! ¡Con qué cuidado sabe dosificar cada alteración de un acorde para comunicarle la máxima posibilidad expresiva, la mayor variedad y riqueza en el engranaje de un verdadero arte de joyería sonora!

La historia dirá algún día la palabra definitiva sobre esta época musical chilena. No creemos equivocarnos al afirmar que la obra

de Humberto Allende será siempre la expresión más pura de un músico de alma grande, de ricas posibilidades y de un equilibrio y perfección rara vez alcanzados en el arte contemporáneo.

DOMINGO SANTA CRUZ.

* * *

Con la satisfacción de haber tenido cierta premonición en mi artículo que escribí en «El Mercurio» sobre este buen compañero, a principios de año, cuando cité su nombre como el de un posible poseedor del Premio Nacional de Música, ya otorgado a él por unanimidad, deseo una vez más esbozar algo sobre su personalidad, pero esta vez, ya no por la sugestión de una vitrina adornada con sus piezas editadas y su retrato, sino por algo más contundente, como lo es haberle sido otorgado el premio antes citado, la más alta distinción en nuestra vida artística.

La obra musical del maestro P. H. Allende tiene, sin duda alguna, la trayectoria de la que está llamada a perdurar, aunque su sistema armónico no haya sido aprovechado como él lo hubiera querido, pero en cambio ha tenido la más beneficiosa influencia, ayudando a otros compositores a no caer de bruces sobre Debussy, Strawinsky u otro gran nombre. Esto debemos reconocerlo a Pedro Humberto Allende.

PRÓSPERO BISQUERTT P.

* * *

Entre las figuras culminantes de la pléyade de nuestros compositores, orgullo de Chile y de América entera, se destaca la recia personalidad de Pedro Humberto Allende.

Descendiente de músicos y literatos, Allende demostró desde su más tierna infancia el amor a la música; contaba ocho años cuando fué iniciado por sus padres en los divinos misterios del arte musical. En el año 1899, ingresa al Conservatorio Nacional de Música de Santiago, obteniendo el 18 de Diciembre de 1905, su diploma en Teoría y Solfeo y en 1908, en Armonía y Composición. Fueron sus primeras obras dos trozos para orquesta de cuerdas, que fueron ejecutados en el Conservatorio con buen éxito, recibiendo de sus maestros y del público asistente, expresiones de júbilo y admiración por sus inspiradas melodías y riqueza armónica del conjunto; la prensa hizo también justicia al novel compositor, anunciando al país el advenimiento de un gran maestro chileno.

Desde esta época comienzan los triunfos artísticos de Allende: Premios en Concursos musicales, diploma del Consejo de Bellas Artes, de la Municipalidad de Santiago, que le fueron otorgados como distinción a su espíritu de trabajo y a su acendrada vocación por cultivar nuestra música popular. En 1910 parte a Europa, co-

misionado ad-honorem por el Gobierno, para que estudie la enseñanza musical en las escuelas primarias y en los principales centros artísticos europeos.

A la vuelta de su aprovechada e interesante jira, auspiciada por la Unión de Universidades y Grandes Escuelas de Francia, (a las cuales pertenece), presenta un vasto y minucioso informe al Ministro de Educación, sobre la enseñanza musical en Bélgica, Francia, Alemania, Italia, España, Suiza, etc., trabajo profundo sobre Pedagogía y Metodología. Para evitar la falta de cultura general entre los artistas que se dedican al perfeccionamiento musical, Allende fué el primero que propuso la enseñanza de Humanidades en los Conservatorios de Música de Chile.

En España conoció al célebre compositor Felipe Pedrell, llamado el Wagner español, maestro de Albéniz, Granados y de tantas otras celebridades; Pedrell admiró las obras de Allende y encontró en ellas la savia personalísima de su alma artística, que sólo poseen, como raro privilegio los iniciados, los grandes compositores. Pedrell le auguró un triunfo definitivo y permanente. Sin duda alguna fué el primero que vislumbró el triunfo futuro del joven compositor.

P. H. Allende ha compuesto un sinnúmero de composiciones y es uno de nuestros autores más fecundos. Su obra es seria, las formas arquitectónicas de sus producciones son páginas que enseñan, son creaciones tanto inspiradas como conscientes; no construye, no desarrolla las células musicales; los motivos, las frases, los períodos, en desorden, todo es arquitectura armoniosa, principalmente en sus líneas generales, todo dentro de su evolución, de sus armonías ricas y atrevidas. Técnicamente podemos analizar su música y explicarla como una de las más sencillas.

Muchas de sus composiciones han sido ejecutadas por las grandes orquestas del mundo; su famoso concierto para violoncello y orquesta fué interpretado por el célebre violoncelista Pablo Casals; por otra parte, pianista de fama, tienen en sus programas de concierto las 12 Tonadas, famosa en cuanto significan un nuevo lenguaje de nuestra música criolla; los temas chilenos han sido maravillosamente estilizados dentro de una música realista; el ambiente criollo brilla con vigor, las rasgueos de guitarra, las disonancias de esos cantos que se escuchan, son la fiesta auténtica de nuestros campos, con sus tristezas y alegrías maliciosas, palpitando en ellas una evocación completa de nuestra vida campesina. Bastan estas 12 Tonadas para colocar a Allende a la altura de los grandes compositores chilenos y americanos.

He querido a grandes rasgos escribir estas líneas, como un homenaje al Maestro Pedro Humberto Allende, por el premio de Arte 1945, que con toda justicia ha ganado con su talento de compositor, pedagogo, investigador y mayormente por su exaltación de lo nuestro, de lo nacional, que ha sabido colocar en la mayoría de sus producciones musicales con magnífico acierto.

JAVIER RENGIFO.

* * *

Una orientación bien definida, labrada dentro de los verdaderos preceptos del arte contemporáneo, preside la obra musical del más nacional de nuestros compositores: Pedro Humberto Allende.

En sus creaciones más caracterizadas, predomina en todo momento el espíritu que debiera animar nuestro arte popular. Son propios, su estilo y medios de expresión, no hallándose en ellos orientaciones o tendencias extrañas. Con su obra, que abarca todos los géneros musicales, ha conquistado un puesto destacado al lado de los grandes músicos contemporáneos.

En el campo de la docencia, el Conservatorio Nacional de Música de la Universidad de Chile lo ha contado desde los años de su iniciación artística, primero como alumno y luego como profesor. En este aspecto, por el profundo conocimiento de la técnica, por sus ideas bien definidas y sus conceptos claros y precisos, su cátedra de Composición Musical ha logrado una eficiencia e importancia de primer plano.

SAMUEL NEGRETE W.

* * *

La primera composición orquestal de Pedro Humberto Allende fué ejecutada por los alumnos del Conservatorio Nacional, bajo la dirección del novel autor. La admiración que sentíamos por nuestro condiscípulo se tradujo en una ejecución entusiasta. La obra provocó grandes aplausos de la concurrencia.

Hace de esto ya muchos años. La vida dispersó a aquel grupo juvenil; pero muchos, estoy segura, habrán continuado observando con interés la brillante carrera del maestro Allende; celebrando sus triunfos con las «Escenas Campesinas», en las que vibra nuestra alma criolla. Después supimos de sus éxitos en el extranjero, de las encomiásticas críticas de Felipe Pedrell y Claudio Debussy y tantos otros notables compositores europeos.

Recuerdo con emoción el estreno de «La voz de las calles». Dirigía Casanova. La obra, a instancias del público, hubo de ser bisada y fué estruendosamente aplaudida. Sus «Tonadas», de tan refinada armonización, deberían ser ejecutadas a menudo por nuestros artistas, como asimismo sus conciertos para cello y para violín.

Dos cualidades primordiales reconozco en el maestro Allende: su amor al terruño, que se manifiesta en toda su obra eminentemente nacionalista, y su amplio criterio para juzgar y aun para alentar muchas veces bondadosamente a sus colegas compositores.

MARÍA LUISA SEPÚLVEDA.

* * *

El maestro Allende es una figura de la música chilena. Figura, no sólo por caracterizarle una personalidad sobresaliente, sino porque su nombre ocupa un sitio de singular importancia en cualquier cuadro sinóptico de nuestra evolución histórica. El lugar estratégico que Claude Achille Debussy ocupa en su país, como punto de concurrencia de la tradición que venía madurándose desde la temprana escuela polifónica franco-flamenca y como originador de la nueva tendencia latente hasta nuestros días, es precisamente el que representa el «maestro Allende» entre nosotros.

Animado por los más característicos principios impresionistas, aparece en la historia como auténtico producto de nuestro ambiente, fuertemente arraigado a una tradición francesa. De ésta hace Allende un medio eficaz en la explotación de todos aquellos recursos que, a su entender, pueden llegar a constituir la expresión de un pensamiento nacional. Recurre al folklore buscando en él, antes que clisés rítmicos o melódicos, la verdad de su esqueleto constructivo. El primer resultado de su investigación, se resuelve en el establecimiento de la «forma tonada», la que en un principio cultiva en obras para canto acompañado, sin apartarse del medio sonoro que la caracteriza; y luego, por un proceso de estilización, la lleva a armar los trozos pianísticos, que constituyen una parte importante de su creación. El mérito de Allende a este respecto, es el haber logrado adaptar una forma típica del canto popular a composiciones instrumentales, que en ningún momento dejan de ser propias al medio sonoro al cual las ha dedicado.

Su obra sinfónica, vastamente reconocida en el mundo, puede dividirse en dos grupos: el de composiciones programáticas como sus Suites y Poemas Sinfónicos y el de obras puras.

Volvemos a encontrar en este primer grupo al creador que, sin desdeñar sus antecedentes europeos, se sirve del poder acendradamente descriptivo de la orquesta impresionista, para erigir verdaderos cuadros pictórico-musicales de nuestras tierras.

Es entre éstos la «Voz de las Calles», el que, a mi parecer, exterioriza en forma más clara la emoción tan propia del maestro. Este muestra, en la obra citada, que a pesar de tener una ferviente admiración por una técnica instrumental determinada, en ningún momento se entrega incondicionalmente a ella, hasta el punto de que ésta domine su propio impulso expresivo. Obtiene así, un perfecto equilibrio de ideas melódicas, más bien desarrolladas con cierto espíritu neo-clasicista y efectos instrumentales post-impresionistas. Y esta dualidad es la que personaliza claramente al músico, el que tan pronto como conviene a la expresión de su propio yo, adopta uno u otro estilo, obteniendo como resultado, la individualidad característica de su obra. Tan pronto usa de la disonancia como elemento de valor independiente, o de la escala por tonos enteros, como recurre al principio más típico del equilibrio clásico; el «da capo».

Sus conciertos para violín y orquesta y cello y orquesta, perte-

necientes al segundo grupo, muestran con nitidez el propósito de un neo-clasicismo estilizado. En ellos predomina el desarrollo temático por sobre el colorismo orquestal, lo que subraya la esencia formal de tales obras, sin que por ello, esto último deje de arrastrar esa constante nebulosa ambiental que parece ser común a toda la obra del músico. Algunas veces, y alternativamente, se ceden una a otra el predominio, pero las más, actúan en perfecta igualdad de condiciones.

La escritura modal, tan empleada por Allende, llena dos propósitos: uno, el de satisfacer un impulso natural de liberación armónica, siempre ajustado a los principios más estrictos de su técnica cadencial; el segundo, el deseo de dar vuelo a su espíritu poético atraído por el arcaísmo sonoro de ésta.

Pedro Humberto Allende puede ser fácilmente acusado de «académico», dado el fuerte metodismo que anima a su exposición teórica; sin embargo, ni su obra, ni su labor de maestro adolecen de los defectos inherentes a toda academización de principios estéticos. René Amengual y Alfonso Letelier, son material negación a tal acusación. Ambos músicos, a pesar de haber sido formados dentro de las exigencias del método, han desarrollado sus propias personalidades, adoptando en mayor o menor grado los principios del maestro, pero exhibiendo la labor de un profesor que ha sabido darles los elementos necesarios para su expresión individual.

Me adhiero al homenaje tan merecido que recientemente se le ha hecho al maestro Pedro Humberto Allende, otorgándosele el Premio Nacional, con el reconocimiento y emoción del que fué también sus discípulo.

JUAN ORREGO SALAS,
Universidad de Virginia, Estados Unidos.

* * *

La parte de altura que le debe la música chilena a Humberto Allende, su actividad en la enseñanza, su valor como compositor y la propiedad de su estilo, son conocidos de todos los músicos honrados de este país.

Como miembro de la Asociación Folklórica Chilena y del Instituto Chileno de Arte Popular, yo solo deseo revivir el júbilo y la emoción con que he visto apreciar el sentido de la obra de Humberto Allende en los centros folklóricos americanos, en los que me ha cabido estudiar.

Siempre escuché elogios hacia el músico interesado profesionalmente por el folklore, es decir, por el trabajador de experiencia y de excelente sentido. Sus investigaciones en lo araucano y su preocupación por lo popular, le han dado a Chile una significativa resonancia, porque ninguna otra obra de índole folklórica musical ha obtenido mayor éxito.

El hecho de que el maestro Allende haya basado la creación musical en la sustancia del canto popular, ha enriquecido los mate-

riales del folk-song y del folklore, no solamente nuestros, sino de todo el mundo musical.

Los folkloristas, testigos de sus labores, le deben satisfacción a su honesto saber y celebran el Premio Nacional de Arte que se le ha concedido al maestro como una condecoración que le ha otorgado el pueblo, por su especial disciplina, por la belleza de su obra, su significación nacional y su universalidad.

ORESTE PLATH.

* * *

El nombre de Allende es ya, hace tiempo, mundialmente conocido y eso nos pone muy felices a los chilenos, pero algo más íntimo aún es de lo que debemos felicitarnos y es que don Humberto (así le diremos, familiarmente) ha desenterrado, realizado y elevado a la categoría de música culta nuestra música popular. Es el primero que ha dicho en música con elocuencia, belleza y autenticidad, lo poético, picaresco y fino que hay en la idiosincrasia de nuestro pueblo.

El folklore chileno es comparativamente muy pobre y no era fácil elevarlo a la categoría a que el compositor lo elevó escribiendo las Doce Tonadas y las Escenas Campesinas, obras maestras de las cuales la primera ya ha pasado al repertorio universal.

Don Humberto no es hombre que haya vivido largo tiempo en el campo y sin embargo creó las obras antes citadas. Hay dos medios de llegar hasta los profundos rincones del alma popular; uno es el largo y constante convivir con el pueblo y otro es simplemente el poder de captación que suelen tener algunos artistas, como del que aquí se trata. Esto último es, a mi juicio, lo que nos explica el sabor de esta música. Este sabor está, como dijéramos, quinta-esenciado en las obras citadas; la imprecisión rítmica que suele haber en la tonada, está admirablemente realizada (compases de $7/8$ ó $5/8$ o $5/4$; los giros melódicos, el aspecto agógico y la armonía, se combinan en forma que logran dar ese ambiente único a esta música. En este aspecto me parece don Humberto tan importante como en el de su enseñanza.

Los que estudiamos en su curso, advertimos la importancia que tiene el ajustar los trabajos de clase a la estricta disciplina que significan las formas clásicas. Eran estos trabajos de motivos o temas con vida, impulso misterioso que lleva al descubrimiento. Pero esta disciplina ordenada y, sobre todo, sabiamente dosificada, logra al fin informar en la conciencia artística ese equilibrio interno que luego pasa inconscientemente a dirigir en el terreno de lo espontáneo, de lo vivo. Nunca apreciaremos lo suficiente esta manera de enseñar de don Humberto, que se continúa aún, habiendo sus alumnos concluido los estudios académicos. Sus lecciones eran largas, precisas y, creo, a veces, muy pacientes... Nuestras innumerables canciones, motetes, madrigales, fugas, etc., que cada semana le presentábamos, deben haberlo aburrido muchas veces, y sin

embargo, jamás mostraba cansancio; al contrario, con la paciencia de Job iba corrigiendo y poniendo sus substanciosos consejos cada vez que lo incorrecto o inexpresivo del trozo lo requería. Se me dirá que todos los maestros hacen o por lo menos deben hacer así. Ciertamente, pero la manera de hacerlo es lo que nos hizo inolvidables sus consejos y, estoy casi cierto, sin que jamás ello significara una imposición a la sensibilidad de cada uno. Entiendo esto último como un aspecto de lo más importante en el sistema pedagógico de nuestro gran maestro.

ALFONSO LETELIER LLONA.